

## El flautista de Hamelín

Hace mucho tiempo, la ciudad alemana de Hamelin fue atacada por ratas. No eran ratas ordinarias, sino enormes monstruos negros. Eran tan descaradas que corrían por las calles incluso durante el día. Estaban por todas partes. En la comida, en las habitaciones e incluso en los zapatos. Había ratas dondequiera que miraras.



La gente de Hamelin lo había intentado todo, pero cuantas más ratas mataban, más parecían multiplicarse. Estaban al borde de la locura cuando, un día, un hombre extraño entró en la ciudad. Su bigote se parecía a la cola de una rata, sus ojos amarillos apenas asomaban por debajo de su gran sombrero y su nariz estaba torcida. Tocó una flauta y se dirigió directamente al ayuntamiento.

En el ayuntamiento, el consejo se acababa de reunir. El extraño anunció que podía librar a la ciudad de la plaga de ratas, pero que tendrían que pagarle muy bien. Los ciudadanos no confiaban en él y gritaban que el hombre debía ser un mago. Sin embargo, el inteligente alcalde tenía un buen plan. Tranquilizó a la gente: "Si el flautista dice la verdad, entonces nos ha enviado las ratas para ganar mucho dinero. No lo permitiré. ¡Solo mirenlo!" La gente confió en el alcalde y lo dejó seguir su camino.



El extraño se acercó al alcalde y le dijo: "Por solo una moneda de plata por cabeza, perseguiré a todas las ratas fuera de la ciudad antes de la mañana". Los consejeros empezaron a llorar. Una moneda por cara equivaldría a una suma enorme. Pero el alcalde se encogió de hombros y dijo: "Por cada cabeza, obtienes una moneda de plata".

Esa noche, comenzaría el flautista. A los habitantes no se les permitió caminar por las calles mientras él trabajaba, pero podían vigilarlo desde sus casas. El flautista se paró en la plaza del mercado y con los primeros rayos de luna comenzó a tocar su flauta. Comenzó como un sonido suave y encantador, pero se volvió más fuerte e insistente. Pronto se pudo escuchar en todo el pueblo. Inmediatamente las ratas salieron desde todas partes y corrieron en largas filas hacia el flautista. Se dio la vuelta y caminó, todavía tocando la flauta, hacia el río. Aquí hizo que las ratas saltaran al río una a una.



Por último, llegó al río el rey de las ratas. Esta vieja rata se había vuelto blanca con la edad. "¿Están todas, amigo mío?" preguntó el flautista. "Sí", respondió la rata, "las novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve". Luego la rata blanca también saltó al río y el flautista regresó a Hamelin satisfecho.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, la gente de Hamelín durmió bien. A la mañana siguiente, el flautista se presentó ante los concejales. "He ahuyentado a las novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve ratas. He venido a cobrar mi dinero". "Bueno, entonces vayamos a contar esas cabezas", respondió el alcalde. El cazador de ratas no había contado con eso. "¿Las cabezas?" gritó enojado: "Ve y búscalos en el río".

El alcalde reaccionó con calma. "Si no cumple con el acuerdo, tampoco tenemos que pagar. Pero usted nos ha prestado un servicio, por lo que con mucho gusto le daremos 50 monedas de plata". ¡Quédese con la recompensa! gritó el cazador de ratas, "ustedes niños me pagarán". Y con estas palabras salió corriendo de la ciudad.



Nadie en Hamelin se tomó en serio la amenaza del cazador de ratas. Así que al día siguiente fueron a la iglesia sin preocupaciones. Pero cuando llegaron a casa, recibieron el impacto de sus vidas. Todos los niños habían desaparecido sin dejar rastro.

Luego, tres niños pequeños llegaron corriendo a la ciudad y contaron una historia terrible. Mientras todos los adultos estaban en la iglesia, los niños habían escuchado música hermosa. Habían salido y vieron al cazador de ratas parado allí. Mientras el extraño seguía tocando, salió corriendo del pueblo y todos los niños lo siguieron hasta la gran montaña. La pared de la montaña se había abierto mágicamente y todos los niños y niñas habían entrado corriendo. Solo los tres chicos se quedaron afuera accidentalmente.



Todos en Hamelin eran miserables. No importa cuánto buscaran, los niños no se encontraban por ningún lado. El alcalde en particular se sintió terriblemente culpable. Sus hijos e hijas también habían desaparecido. Nadie sabía adónde habían ido los niños.

Solo ciento cincuenta años después se supo algo sobre los niños desaparecidos. Algunos comerciantes de Bremen vinieron a Hamelín y hablaron de una región de Rumania donde los habitantes solo hablaban alemán, mientras que el resto de la población hablaba rumano. Y desde entonces, la gente de Hamelin creyó que los habitantes de Transilvania son los descendientes de los niños desaparecidos de Hamelin. Y nadie los contradice en esta historia.